

EL SANTO SEPULCRO Y LA DOLOROSA

EN LOS ANDES CENTRALES DEL PERÚ

Cinco de la tarde. El sol ilumina el verdor y la nieve de los Santos Apus – del Huaytapallana del Pariacaca pero sobre todo del Gran Apu Wanka: el Huayao Carhuanchu- que rodean la ciudad el valle. La Catedral está a medias iluminada por este brillante sol. El viento tenaz sopla y sopla por la Plaza Constitución y por la Calle Real de esta –ahora- mi Huancayo ciudad. El cielo azul. Azulísimo. Las nubes de increíbles formas acompañan. Siguen. La lluvia no llegó. La tormenta cedió y en medio de la Plaza una bandera negra inmensa a media asta. En el centro una inmensa cruz roja. Ondea maléfica. Pájaro de mal agüero.

Suenan las campanas y del atrio erigido en la Calle Real sale la música. De flautas. De violines. De voces humanas. Mujeres. Hombres. El Santo Sepulcro hace su aparición por la puerta de la Catedral. Lleno de alhelios y coronitas de flores andinas. Bien en alto. Majestuoso. La muerte majestuosa. La banda de la policía entona unos compases y se calla anonadada... y se impone la música celestial. De las flautas. Cellos. Violines. Voces que son palabras. Con esos tonos de tristura y misticismo que a veces sorprenden en los momentos más inesperados.

El recorrido es lento y largo. Precedido de banderas ondeantes se abre paso el cadáver. No tan exquisito. Ensangrentado. Golpeado. Desnudo. Coronado por unas espinas que aterrorizan. Y causan mucha compasión.

Desde el otro lado de la Plaza se acerca majestuosa la Dolorosa. De luto. Inmensa. Atemorizante en su pena. Cargada por mujeres. Con sus espadas clavadas con inquina en el corazón y sus lágrimas que salpican las alfombras de flores que van deshaciéndose a su paso. La expectativa es general. El que más espera que pase algo. Qué!?. Pero sólo la música celestial se impone y el intenso olor a incienso y mirra. Humo perfumado. Recuerdos de la misa. De las confesiones. De las culpas. De la redención. Del pecado. Latente. Presente. La depre en esencia.

Se detienen ambos a cierta distancia y con majestuosos gestos se hacen tres reverencias en medio de pétalos de flores que vuelan al viento. La Dolorosa abre paso con ternura. Y pasa el Kristo. El Crucificado. Majestuoso él también en su iniquidad. Los Apus sonrían complacidos.

La tarde se va yendo. Los violines dan paso a una quena y un tambor y a un desgarrador canto en quechua. Duro. Dulce. Palabras al viento. El viento. El viento. Y la multitud se mueve tras sus Santos. Su Virgen. Su Dios. Los Apus sonrían complacidos otra vez. La tarde se sigue yendo. El viento golpea y la multitud se mueve tras sus Santos. Su virgen. Su Dios. Y así se va la procesión. Pasando sobre alfombras de flores que se han trabajado durante días. Colores al viento. Colores Santos. Polvo al polvo. Pétalos a la tierra otra vez.

Del negro majestuoso atronador del luto y la tristessa y congoja a las calles multicolores. Arco iris de santidad. De creyentes. De Creyentes de la Piedra.



ricardo quesada

En el valle del Mantaro entre Apus y Dioses

